

¿UNA IGLESIA DESPOLITIZADA?

¿Es posible una Iglesia sin política? ¿O esa frase no hace más que enmascarar una mala politización de la Iglesia? Si la política es una dimensión tan ineludible como la atmósfera, ¿no habría que hablar más bien de una Iglesia recta y evangélicamente politizada? ¿En qué consistiría eso?... Todas estas cuestiones las afronta el autor desde el ejemplo de D. Bonhoeffer.

Politik ohne Kirche – Kirche ohne Politik?, Evangelische Theologie 32 (1972) 579-594

"El problema serio en definitiva no es cómo salir del paso heroicamente sino cómo podrán seguir viviendo las futuras generaciones". Esta frase la escribió D. Bonhoeffer en navidades de 1942 a algunos amigos de los que con él preparaban el golpe contra Hitler. Por entonces los planes de la conspiración habían llegado a un punto culminante; poco después fracasó un atentado y un mes más tarde Bonhoeffer era encarcelado.

La detención no se debió a motivos eclesiales, sino en principio claramente políticos. ¿Cómo se compaginaba en Bonhoeffer la situación del pastor con la del conjurado político? Bonhoeffer había hecho suyo siempre el grito de guerra de la Iglesia confesante, "¡La Iglesia ha de seguir siendo Iglesia!", con el que ella se oponía a su integración por parte del régimen; tampoco retiró nunca su adhesión a la declaración de Barmen (1934), por la que la Iglesia confesaba su fe en Jesucristo como Señor único y criterio exclusivo. Bonhoeffer era consciente también del carácter político que adquiría esa confesión de fe al ir en contra de una politización integracionista. Pero la declaración se orientaba a impedir que el Estado nazi politizase a la Iglesia; por ello sus miembros afirmaban: "Luchamos por la Iglesia de Cristo; por tanto no hacemos política".

Sin embargo un día algunos como Bonhoeffer empezaron a percibir lo precipitada que era la interpretación de que para que la Iglesia siga siendo Iglesia, hay que abstenerse de toda actuación política. ¿No se ha llegado a un punto en que de este modo la Iglesia no sigue ya siendo Iglesia, sino que se expone al juicio condenatorio de aquel cuyo señorío exclusivo ha confesado? La profesión de fe en el Señor de la vida resultaba muda frente a la política patente de la muerte. La Iglesia Confesante no encontró nada que decir respecto a la guerra ni a la "solución final" del problema judío. Es innegable que la declaración de Barmen supuso un factor político al servir para que la gente se opusiese a la integración en el régimen. Pero de hecho provocó la despolitización de la Iglesia; la referencia exclusiva a Cristo pudo servir para tapar y justificar un abstencionismo opresivo. Surgió así una tremenda comunidad de intereses entre la Iglesia Confesante ("Iglesia sin política") y el Estado nazi ("política sin Iglesia"). De este modo fue apareciendo el fantasma de una complicidad objetiva, de una involuntaria corresponsabilidad en la catástrofe. Bonhoeffer y otros amigos se horrorizaron ante la posibilidad de que el grito de guerra *solus Christus* se hubiese convertido en una fórmula de evasión.

Éste es el contexto en el que Bonhoeffer escribió a sus amigos: "el problema serio en definitiva" no es ya cómo puede uno "salir del paso heroicamente" (y añadimos: con fidelidad formal a Barmen), sino "cómo podrán seguir viviendo las futuras generaciones". Y ésta es una cuestión extraordinariamente política. Aquí está la raíz histórica del complemento que Bonhoeffer pondrá dos años más tarde al lema de la

Iglesia que "ha de seguir siendo Iglesia": sólo lo puede conseguir si se convierte en "Iglesia para los demás". En el caso de Bonhoeffer esto tomó la forma, sin duda discutible, de un movimiento clandestino contra el gobierno propio en tiempo de guerra, como contrapartida de la complicidad que amenazaba a la ortodoxia eclesial por dejar de lado la dimensión política.

Hoy la despolitización de la Iglesia se ha convertido de nuevo en problema candente, aunque aparezca en circunstancias muy distintas. ¿Dónde está el Evangelio: en una Iglesia politizada o despolitizada?

El dilema

La frase "Iglesia sin política" se pronuncia hoy con signos de exclamación o de interrogación, según lo hagan las derechas o las izquierdas; los primeros se refieren además a lo específico de la Iglesia y recuerdan que ha de seguir siendo Iglesia.

Sin embargo, quizá un planteamiento de "Iglesia sin política" o "Iglesia con política" sea una simplificación del problema. Más honrado sería formular: Iglesia con *buena* o *mala* política. En este caso, no es posible una disección teórica del problema que permita afrontar la praxis con una solución clara. Solo el riesgo de la experiencia es lo que abre caminos. En la actual sociedad politizada la única pregunta posible es: "Iglesia ¿con qué política?", para luego invertirla de modo dificultoso, pero no incomprensible: "Política ¿con qué Iglesia?".

La Iglesia no logra acabar con este dilema porque su fe no es de este mundo pero se refiere a este mundo; porque ha de pretender a la vez ganar distancia y transformar; porque crea formas concretas y sin embargo toda forma debe postergarse al contenido de la fe. La distancia ante el mundo y la transformación del mundo están igualmente fundadas en la fe. Comprendemos que M. Buber dijese: "No admito andar, con un alma redimida, por un mundo irredento". Pero también comprendemos la preocupación con que otros miran una Iglesia fraccionada en grupos políticos.

Los problemas que para su nacimiento y su subsistencia ha tenido el Consejo Mundial de las Iglesias son un ejemplo claro de la confrontación entre los que quieren transformar el mundo y los que pretenden despolitizar a la Iglesia. Ésta es también la causa de las dificultades por las que atraviesa la Iglesia surafricana; la actitud de unos se expresa en el mensaje dirigido por el primer ministro de aquel gobierno a una minoría eclesiástica de oposición: "Del púlpito situado en la casa de Dios esperamos que nos proclame el Evangelio de Cristo a nosotros, hombres pecadores. La gente no debe abusar del púlpito para alcanzar en Suráfrica fines políticos. Por ello apelo de nuevo a ustedes para que vuelvan a la médula de su predicación y anuncien a su comunidad la palabra de Dios y el Evangelio de Cristo". Aquí está el Evangelio enteramente privatizado: ¡ay de quien pretenda aplicarlo no al individuo, sino a la sociedad estatal! Es realmente una "Iglesia sin política". Pero por otra parte no se queda *de hecho* en esa privatización, como lo muestra una declaración de la *Dutch-reformed Church* en 1966: "El Estado cristiano tiene razón al impedir la mezcla de razas y los matrimonios interraciales, dando activamente la legislación oportuna"... Es curioso que esta sanción no se entienda como acto político, mientras que se presenta a la oposición como "subversión dirigida por el comunismo".

La herencia teológica

Nos hemos acostumbrado a plasmar la controversia sobre la identidad de la Iglesia en la fórmula "salvación y bienestar". La "Declaración de Francfort sobre la crisis misional" (marzo 1970), advierte del peligro de reemplazar la salvación por una "humanización" y apela a una vuelta al anuncio incondicional de la salvación. Pero si lo puede decir tan claro, es porque pasa por alto que nosotros, *los que disfrutamos del bienestar*, hablamos de salvación a *quienes carecen de todo bienestar*. Y esto el mundo de color no lo pasa por alto. La declaración no tiene en cuenta su propia dimensión política, pero aquellos a los que se dirige sí la tienen muy en cuenta.

Por ello hay que andar con parsimonia para tachar de "asimilación al mundo" una politización nacida de la búsqueda del bienestar de todos. Naturalmente que para una empresa tan arriesgada no hay nunca medios suficientes. Pero hay que tener en cuenta también la herencia histórica de la Iglesia, la implicación de su quehacer misionero con la historia política y económica de los blancos, de la cual no podemos desprendernos sin más con meras palabras y buenas intenciones; esto es lo que la declaración de Francfort no toma en consideración.

"Iglesia sin política", en el sentido de una distinción peyorativa entre el bienestar y la salvación, significa aquí "fe sin derechos humanos". Ciertamente que no es esto lo que pretenden los defensores de una predicación orientada exclusivamente a la salvación. Pero hoy no podemos predicar ya la salvación sin reflexionar también sobre el bienestar, los derechos humanos, entrando en el escabroso terreno de la política. No se da ya ámbito alguno de la vida sin lucha por los derechos humanos. Y a un hombre así politizado es al que se dirige el Evangelio.

No se puede negar que ha habido Iglesia y se mantiene viva la fe incluso allí donde los derechos humanos están lesionados. Pero hay momentos en que esto sólo se puede decir en voz muy baja; si no, la alabanza a Dios se convierte en una blasfemia. Solo quien está oprimido y carece de derechos humanos, es quien tiene autoridad para decir en qué medida la fe y el Evangelio van más allá de los derechos humanos. El que no está perseguido sólo puede decir ante quien lo está: mi fe significa comprometerme por los derechos humanos de los demás. Aún no ha llegado la hora de distinguir cosas distintas como el bienestar y la salvación. No está de sobra todavía la frase de D. Sölle: "El Cristo predominante en las Iglesias... es el Cristo de las capas dominantes". Por un tiempo no nos será lícito interpretar la fe sin la forma de los derechos humanos. Sin esa dimensión política, no puede haber ya predicación, ni servicio caritativo, ni catequesis, ni pastoral. Este "aterrizaje" de la fe supone de hecho un riesgo para ella; y es comprensible que el planteamiento de esas cuestiones o la evolución hacia una "teología política" hayan desencadenado un movimiento en contra que invoca lo específico de la Iglesia y propone una despolitización. Pero ese aterrizaje de la fe es justamente lo "evangélico" del Evangelio.

La herencia histórica

El movimiento de emancipación, que posibilitó la participación política de cada vez más individuos y grupos en la vida pública y que hoy sigue impulsando hacia adelante, se ha desarrollado entre nosotros sin la Iglesia, más bien contra ella. De ahí sus rasgos

antieclesiales y también antiestatales, pues el Estado y la Iglesia han sido durante siglos los dos pilares sustentantes del orden social; la idea predominante era la de obediencia, más que la de una libre toma de responsabilidades. Por eso no era posible un pluralismo en cuestiones referentes al bienestar ni a la salvación.

En Inglaterra fue debilitándose pronto esa estructura social de los dos pilares, al desprenderse del monolitismo de la Iglesia única y no encerrarse tampoco en el "cuius regio, eius religio". Se creó así una atmósfera, en que la política no era solo asunto del Estado, sino que también tomaban parte las diversas instancias de la sociedad, y en donde "el hombre de la Iglesia que hace política" pudo ser respetado y no llamar especialmente la atención. En cambio en Alemania, el Estado como poder se convirtió en sujeto y núcleo de todas las reflexiones, llevándose a cabo incluso en el lenguaje ordinario una identificación de la política con el Estado. De ahí la dificultad que tenía para implantarse una conciencia de pluralismo, participación y sociedad democrática. La doctrina luterana de los estamentos siguió teniendo influencia, dificultando con sus concepciones de obediencia el camino hacia la democracia. Por eso la politización incesante toma la forma de protesta salvaje, de revuelta desequilibrada, desencadenando las nostalgias conservadoras del antiguo orden y el empleo de los medios del Estado. La teología evangélica y católica siguen teniendo mucha dificultad para integrar en su doctrina del Estado y de la Iglesia el pluralismo de la sociedad moderna.

A esta herencia del esquema de los dos pilares en la vida pública le corresponde también la del "funcionario apolítico"; el experto especializado no político y naturalmente también el teólogo o eclesiástico apolítico. Estos ciudadanos eficientes, pero apolíticos, son los que posibilitaron el triunfo de Hitler, al aceptar el milagro de una revolución "nacional" y soportar luego impotentes una total politización que suprimió todo sentido auténtico de lo político. Este fenómeno del apoliticismo es lo que permite comprender cómo un país tan desarrollado económica, técnica y culturalmente como Alemania pudo ser tan propenso al fascismo, y más eficaz en él que otros países. Permite comprender también que se siga creyendo hasta hoy en "la parte buena" del nacionalsocialismo y se considere la época hitleriana como un "lamentable accidente de trabajo", cuando en realidad Hitler no fue una mera coincidencia, sino una situación, sobre todo una situación alemana. Sin analizar este aspecto del apoliticismo, una declaración eclesial de culpabilidad, como la hecha en Stuttgart en 1945, se queda también en un mero suceso puntual, más o menos justificante. Solo cobrará seriedad si de la catástrofe política alemana se sacan consecuencias, no solo para el pasado, sino también para el futuro. Y esto no es ninguna traición a la "auténtica misión" de la Iglesia, no es apartarla de "lo suyo específico", sino justamente vivificarla.

Objeciones principales

Dado que los intentos de sacar esas consecuencias suelen producir confusión y los llamamientos a una despolitización no se acallan, digamos para terminar algo sobre las objeciones más importantes actualmente:

a) *El partidismo*: Cuando la Iglesia o sus representantes toman partido, cierran el acceso a personas de otra tendencia. De hecho este problema es grave y delicado. Uno que se identifique con un partido, ha de saber lo que hace y ha de cargar con las consecuencias.

El compromiso político de partido quita tiempo y energías de otras tareas y exige un cierto grado de lealtad específica al grupo.

Sin embargo, el neutralismo no es una respuesta siempre válida. Ciertamente para el cristiano que toma partido hay un punto en que descubre la parte de "deslealtad crítica" última que hay en el Evangelio, ante algo que se defiende fanáticamente como parte de un todo, bajo cuyo magnetismo desaparece toda otra consideración. Pero el neutralismo precavido puede llegar a ser también una traición al Evangelio. Jesús no se preocupó de si molestaba a un cierto estamento social cuando dijo: "No necesitan médico los fuertes" (Mt 9,12), y su Evangelio se ha expuesto en ciertas épocas al reproche de partidismo para poder servir de Evangelio a los traicionados y esclavizados. La historia muestra por desgracia que la referencia neutral a la universalidad imparcial del Evangelio no ha sido nada imparcial políticamente, sino que ha reforzado objetivamente la praxis del "no-todos". No se debe tolerar que el sujeto apolítico, que sólo en apariencia no ha tomado partido, aparezca como el mantenedor de lo específico del Evangelio y de la eclesialidad de la Iglesia. Ciertamente que hay que cuidar también de no suscitar la apariencia de que la politización resuelve todos los problemas. Tenemos que descubrir de una vez la controversia democrática como virtud cristiana, y practicarla desde la fe con un compromiso político y con una distancia crítica. La unidad cristiana, que suele ser el argumento principal, no consiste en la uniformidad de los que obedecen, sino en la unidad de quienes son distintos y no tapan el conflicto de intereses, sino que lo soportan y, tomándose así en serio, se aceptan mutuamente.

b) *La pastoral*: La actividad política de la Iglesia -se arguye- suplanta al cuidado pastoral del individuo. Esta afirmación no es acertada, pues las inversiones de la Iglesia en pastoral y posibilidades de consulta y formación han tomado unas dimensiones mayores que nunca. Parece, casi al revés, como si el redescubrimiento de la esfera pastoral sirva para una peligrosa evasión del árido ámbito de las responsabilidades políticas. Quien considera que las necesidades individuales no quedan satisfechas, no se da cuenta de que también ellas se encuentran dentro de la realidad sociopolítica. Plantear como alternativa "pastoral o politización" no hace más que simplificar abusivamente la situación real, cuando no contribuye a la cimentación religiosa de un determinado *status quo* de la sociedad.

c) *El conocimiento de causa*: Lo político significa para la Iglesia, sus responsables y comunidades, una intervención en tarea ajena, una negligencia de la propia misión, y todo ello sin el suficiente conocimiento de causa. Es cierto que existe una evasión del propio cometido y que nunca es bastante el esfuerzo humilde por adquirir más conocimiento de causa. Pero también el conocimiento de causa es venal, y esta experiencia es precisamente lo que provoca el compromiso político. Así ocurrió que un hombre como Bonhoeffer, habiendo escogido una profesión particularmente eclesial y habiendo defendido con el máximo vigor su carácter específico, pudo llegar un día a tener una actividad política intensa, sin preocuparse por los límites de su formación e incluso de su talento, por haberse acabado tan cruelmente la posibilidad de limitarse a la especialidad. Más allá de la pericia en esferas políticas particulares hay toda una amplia escala de tareas y ámbitos en los que cada uno tiene una responsabilidad aparte de su ámbito profesional, desde la concienciación, la influencia pública a través de instituciones de participación cívica, hasta las situaciones de emergencia, en que la Iglesia y la comunidad han de tener una actuación política directa. Es un engaño pensar

en una praxis eclesial de tipo "puramente diaconal", despolitizado, pues también eso es política.

d) *El poder corrompe*: La política implica a la Iglesia en la lucha por el poder, y para ella sería más adecuada la carencia de poder. Esto no se puede negar, ni tampoco basta dar el problema como resuelto con que la Iglesia o los cristianos comprometidos políticamente se desvinculen a tiempo de sus aliados cuando éstos se adueñen del poder y no permitan ya a la Iglesia identificarse con los nuevos hijos de Dios postergados. De hecho, la carencia de poder es su fuerza. Pero por desgracia eso no se da simplemente cuando uno se pronuncia en su favor, sin pensar en su posición dentro de las estructuras de poder. Lo quieran o no, nuestras iglesias están implicadas histórica, económica e incluso ideológicamente en contextos de poder, de los que no pueden escabullirse sin dolor o solo verbalmente. La consigna de despolitización como presunta carencia de poder debería al menos convertirse en una protesta más fuerte contra las manipulaciones y pretensiones de poder infantilizantes; es un impulso más vigoroso para planear y organizar mejor la lucidez responsable, las posibilidades de elección, las fuentes de información, las instancias de control. El proclamar la ausencia de poder en Cristo y los suyos no es lo mismo que pronunciarse por la impotencia. El amor procura cobrar potencia para poder preocuparse en forma convincente del poder positivo y negativo de otros.

e) *La Iglesia ha de seguir siendo Iglesia*. Tras todo lo ocurrido, esta frase de los años treinta no tiene un significado tan inequívoco como entonces parecía. Es falsa si propugna de nuevo un ideal apolítico. Es ilusoria si suscita la apariencia de que es sencillo y claro predicar el perdón de los pecados. Justamente esto es lo que no está claro: si ese mensaje de Dios significa una nueva creación o la consolidación de la antigua. No da lo mismo quién lo predique, ni dónde o cuándo lo haga. Así de terreno, así de arriesgado históricamente quiere ser el Evangelio. Ese riesgo es precisamente lo que contiene de evangélico.

Tradujo y condensó: ALVARO ALEMANY